

FICHA DE DATOS

Proyecto:
**Transformaciones en el
mundo del trabajo y vida
cotidiana.
Un estudio antropológico
de los procesos de ocu-
pación/recuperación de
empresas**

Localización:
Ciudad de Buenos Aires

Período:
abril 2002 - marzo 2005

DESAFÍOS DE LA INVESTIGACIÓN ETNOGRÁFICA SOBRE PROCESOS POLÍTICOS “CALIENTES”

Dra. María Inés Fernández Álvarez

CONICET
Universidad de Buenos Aires
mifernandezalvarez@gmail.com

1. EL TRABAJO DE CAMPO EN UNA *EMPRESA RECUPERADA*¹

En abril de 2002 tomé contacto con un grupo de trabajadoras/es que habían iniciado recientemente el proceso de ocupación y gestión obrera de la producción de una empresa textil ubicada en la Ciudad de Buenos Aires. La ocupación de la planta había comenzado el 18 de

**nota
etnográfica**

¹ Utilizo bastardilla para categorías nativas y comillas para citas textuales o para relativizar palabras.

diciembre de 2001, en la víspera de las jornadas del 19 y 20², como resultado del incumplimiento del pago de salario y el posterior abandono de la empresa por parte de la patronal³. En los meses transcurridos entre diciembre de 2001 y abril de 2002 otras fábricas en situaciones similares habían tomado el mismo camino, conocidas más tarde como *empresas recuperadas*⁴, y habían cobrado notoriedad pública. Entre ellas este caso había alcanzado amplia difusión mediática, llegando incluso a ocupar la primera plana en periódicos de circulación nacional.

Entre abril de 2002 y marzo de 2005 realicé

² El 3 de diciembre de 2001, en un marco de fuerte recesión económica, el Ministro de Economía Domingo Cavallo anunció el “corralito”, una medida que limitaba la posibilidad de retirar efectivo de los bancos. Algunos días después se realizaron *cacerolazos*, principalmente en la Ciudad de Buenos Aires, que consistieron en la salida de los “vecinos” a la puerta de su casa golpeando cacerolas en repudio al congelamiento de las cuentas bancarias y se desarrollan *saqueos* a supermercados en distintas regiones del país con una importante concentración en el Gran Buenos Aires. El 19 de diciembre los saqueos se multiplicaron y fueron reprimidos dejando un saldo de seis muertos y más de cien heridos. Ese mismo día, el Presidente de la Nación, Fernando de la Rúa, decretó el estado de sitio en todo el territorio argentino. Mientras la medida se anunciaba por cadena nacional, comenzaron a multiplicarse los *cacerolazos* y las movilizaciones en diferentes regiones del país, una de ellas dirigida hacia la Casa de Gobierno. La movilización reclamaba la renuncia de las autoridades y cerca de la una de la mañana del 20 de diciembre el Ministro de Economía renunció a su cargo. Pero algunas personas, que se fueron multiplicando en la mañana siguiente, permanecieron en la plaza frente a la casa de Gobierno exigiendo la renuncia del Presidente de la Nación. A media mañana del jueves 20 se inició una fuerte represión, que se agudizó en las primeras horas de la tarde, incluyendo detenciones, heridos y más de 25 muertos en todo el país. Pasadas las 19hs el Presidente anunció la renuncia.

³ Según el relato de las y los trabajadoras/es, a partir del año 1998 los dueños habían suspendido los aportes a la seguridad social y desde el 2000 habían interrumpido el pago del sueldo quincenal. Este fue reemplazado por un *vale* semanal, un retiro en adelante de la quincena. El monto de este retiro fue decayendo durante el 2001 para alcanzar en la última semana la suma de 5 pesos.

⁴ Esta denominación hizo referencia a una forma específica de demanda por “trabajo” desarrollada en Argentina que combinó la ocupación de una empresa en quiebra o cierre con la autogestión de las trabajadoras y trabajadores (Fernández Álvarez, 2006).

trabajo de campo en esta empresa recuperada, a la que había llegado sin contacto previo, con vistas a desarrollar mi investigación doctoral. El proyecto inicial partía de las conclusiones de mi tesis de maestría en estudios de desarrollo, finalizada en 2001 en la ciudad de Ginebra (Suiza). Esta investigación analiza la “reforma laboral” implementada en Argentina durante los años noventa como parte de una transformación más amplia del estado cuya continuidad requería a mi entender un trabajo etnográfico que permitiera comprender el modo en que estos cambios eran experimentados por los/las trabajadoras/es. Me interesaba indagar acerca de los sentidos que estos cambios tenían para quienes aún formaban parte del “mundo del trabajo” y desde ahí analizar las posibilidades para el desarrollo de formas de protesta o demanda, identificando las significaciones que adquiriría el trabajo. Esta inquietud se desprendía de mis preocupaciones teóricas que partían de la observación, en el campo académico, de una suerte de verdad incuestionable y generalizada sobre el “lugar” del trabajo en la sociedad contemporánea según la cual se anunciaba su pérdida de centralidad tanto en términos “identitarios” como de “acción colectiva”. Esta idea se había convertido en una realidad indiscutida, un supuesto naturalizado desde el que se interrogaban ambas cuestiones.

En diciembre de 2001 regresé a Buenos Aires, a pocos días de los acontecimientos del 19 y 20, con intenciones de iniciar lo que sería mi proyecto doctoral. Pocos meses después, en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, escuchaba en boca de una de sus protagonistas que un grupo de obreras y obreros, como consecuencia de la falta de pagos acumulados por varios meses y el abandono de la empresa por parte de los propietarios, habían permanecido en la planta retomando luego la producción en sus manos. Movilizada por su intervención me acerqué a la fábrica e inicié días después el trabajo de campo que se extendió hasta comienzos del año 2005.



Durante ese tiempo realicé registro etnográfico de las actividades diarias que se desarrollaron en el marco de esta recuperación. El trabajo de campo siguió los cánones tradicionales de la investigación etnográfica que suponen un *estar ahí* cotidiano y prolongado, generando un modo de conocimiento que se basa en el establecimiento de relaciones personales. La antropología tiene una amplia tradición de reflexión crítica sobre su propia práctica que se ha convertido en un rasgo intrínseco al quehacer etnográfico. Desde esta tradición, el trabajo de campo supone no sólo observar sino participar de las situaciones sociales y sobre todo transformar la experiencia de investigación en un hecho etnográfico, es decir un dato construido. Partiendo de este reconocimiento, estas páginas se proponen reflexionar sobre las implicancias que este trabajo tiene cuando nuestros interlocutores son sujetos organizados cuyos procesos políticos se convierten en objetos “calientes” para la mirada militante y académica. Siguiendo mi experiencia, me interesa mostrar el modo en que estos procesos de alta tensión y exposición pública desafían nuestro modo de hacer etnografía, obligándonos a dialogar y confrontar posiciones, a negociar los términos, alcances y posibilidades del trabajo de campo y sobre todo a preguntarnos sobre las implicancias de nuestra práctica. En las páginas que siguen me propongo aportar algunas ideas a partir de mi trabajo etnográfico en una empresa recuperada.

2. SOBRE CÓMO REGISTRAMOS

En el proceso de construcción de demandas y definición de estrategias de lucha desarrollado en el marco de las recuperaciones intervinieron diferentes tradiciones sociales y políticas. Por un lado, organizaciones sindicales o gremiales que venían promoviendo desde mediados de los años ochenta acciones frente a procesos de cierre o quiebra llevando adelante ocupaciones y formación de cooperativas (Perelman y Dávalos,

2003). Por otro, federaciones, mutuales y cooperativas de trabajo constituidas a finales de la década de los ochenta como resultado del proceso hiperinflacionario de los años 80 y las privatizaciones de la década del 90, que venían articulando espacios de encuentro con el objetivo de demandar al Estado acciones para prevenir las quiebras de empresas. Por último, partidos políticos de izquierda, en algunos casos con una militancia vinculada al cuestionamiento de las burocracias sindicales, que promovían formas de democracia obrera y el control obrero de la producción.

Esta diversidad de tradiciones generó espacios de articulación que dieron lugar a la formación de movimientos y a la vez instancias de tensión y confrontación (principalmente durante el año 2002 y principios de 2003). Entre otras cuestiones, estas tensiones se expresaron en las terminologías utilizadas (fábricas tomadas u ocupadas, empresas o fábricas recuperadas, empresas reconvertidas, autogestión o gestión obrera) que suponían diferentes concepciones políticas y estrategias de acción⁵. En particular, un debate que se instaló en los encuentros o en charlas públicas contraponía la propuesta de “estatización con control obrero” -impulsada por un conjunto de “fábricas ocupadas” apoyadas por partidos de izquierda-, frente al camino de la conformación de “cooperativas de trabajo” en este caso principalmente la categoría de “recuperación”⁶. Como pude reconstruir en mi

⁵ Analicé la formación de movimientos y las tradiciones sociales y políticas en un trabajo previo (Fernández Álvarez, 2007). En este artículo utilicé la categoría “empresa o fábrica recuperada” en tanto fue la que alcanzó mayor difusión siendo retomada incluso por aquellos colectivos que inicialmente privilegiaban la denominación “fábricas tomadas u ocupadas”.

⁶ De manera muy sintética, la “estatización con control obrero” proponía la expropiación de la empresa y la transferencia de la propiedad al Estado bajo el control y la administración de los trabajadores. El Estado debía garantizar un sueldo mínimo y el pago de las obligaciones sociales y de seguridad social. A diferencia, la conformación de cooperativas suponía que los trabajadores se constituyeran en asociados distribuyéndose en partes iguales los ingresos de la producción. En estos casos, se demandaba que la empresa fuera expropiada y cedida a la cooperativa conformada a partir de la recuperación.

trabajo, este debate anclaba en tradiciones sociales y políticas que ponían en evidencia diferencias sobre las maneras de establecer vinculaciones con el Estado, en las que se contraponía de manera muy sintética, una estrategia basada en la confrontación y el conflicto a otra que articulaba confrontación con negociación.

Esta discusión tuvo particular relevancia en el caso donde llevé adelante mi trabajo de campo. Durante el primer año y medio, esta fábrica fue una de los principales impulsoras de la “estatización con control obrero”, presentando en octubre de 2003 un proyecto de ley con esta propuesta y constituyéndose en organización convocante de los “Encuentro de Fábricas Ocupadas” realizados entre 2002 y 2003. En esta línea, la estrategia consistía en la confrontación y la masificación del conflicto y el objetivo principal se centraba en la constitución de un frente de unidad entre distintos sectores que conforman la “clase trabajadora” -ocupados y desocupados-, enfatizando en el carácter “combatiivo y clasista” de las acciones.

Sin embargo, esta posición no era asumida de manera homogénea por el conjunto de las y los trabajadoras/es que integraban la fábrica. Por el contrario, los debates públicos se reproducían con igual intensidad y contenido en disputas internas en las que se ponía en discusión la estrategia a seguir, sobre todo con el curso de los meses, en un primer momento cuando el proyecto de ley no logró apoyo y fue rechazado en octubre de 2002 y más tarde cuando en abril de 2003 las/os obreras/os fueron violentamente desalojadas/os por la policía, a partir de lo cual montaron un *acampe* frente a la fábrica que se mantuvo hasta diciembre de ese año cuando lograron reingresar⁷.

⁷ Entre diciembre de 2001 y abril de 2003 se produjeron tres operativos de desalojo. Los dos primeros finalizaron con el reingreso de las/os trabajadoras/res a la fábrica. El tercero contó con un operativo policial de mayor envergadura que incluyó una fuerte represión y finalizó con el vallado de la planta. En consecuencia, entre abril y diciembre de ese año se montó un *acampe* frente a la fábrica para custodiar la planta y mantener la demanda. En julio de ese año se conformó una cooperativa de trabajo y en octubre se sancionó un proyecto de ley que posibilitó en diciembre el reingreso a la planta.

En este contexto, el trabajo de campo presentó algunas particularidades que definieron desde un comienzo la dinámica del mismo. La fábrica, a la que como dijimos había llegado a raíz de la charla de una trabajadora en la Facultad de Filosofía y Letras, es decir sin contacto previo, se convirtió rápidamente en un “ejemplo de lucha”, invadida en consecuencia por periodistas, intelectuales, académicas/os, estudiantes de ciencias sociales, militantes de diferentes partidos y organizaciones sociales tanto nacionales como extranjeros. Relatar el proceso de trabajo, contar su experiencia, describir la recuperación fue convirtiéndose rápidamente para ellas/os en parte de las “actividades de trabajo” y sobre todo en una “herramienta de lucha”. Esta tarea se extendía en el recorrido por las universidades, la intervención en charlas públicas y la participación en encuentros con organizaciones sociales que se multiplicaban durante el 2002, en las que el relato de “su historia” se fue haciendo rutinario. La repetición de ciertos eventos y formas de narrarlos había ido conformando una suerte de “historia oficial” que se reproducía de manera mecánica.

Al mismo tiempo, la desconfianza y los miedos eran una constante para este grupo de personas a las que se acercaban, por día, un número creciente de “extraños”. En este marco, la amenaza de un posible desalojo y el temor del ingreso de fuerzas policiales constituía una preocupación permanente.

El trabajo de campo estuvo marcado entonces por la necesidad de diferenciar mi práctica respecto de esas/os “otras/os” que pasaban por la fábrica recogiendo la “historia oficial”. Presentar el proyecto de investigación, explicar el por qué de mi elección, describir el quehacer antropológico y discutir los términos de mi estadía en la planta fueron algunos de los requisitos necesarios para desarrollar mi tarea. Estar, permanecer, convertir mi presencia en algo cotidiano resultó una característica que me diferenciaba de estas/os otras/os, posibilitando un diálogo orientado más a la reconstrucción de la experiencia



que al relato “oficial”. Esto se vinculaba con mis preocupaciones teóricas y preguntas de investigación así como con la modalidad del trabajo que emprendía, con requisitos marcados por tiempos y modos académicos de producción.

Una de las primeras cuestiones fue presentar, ante una asamblea, en qué consistía el trabajo y dejar una copia del proyecto de investigación. Este momento, una de las pocas veces que participé de una asamblea, constituyó para mí un verdadero rito de pasaje del que dependió la posibilidad de llevar adelante mi estudio. De manera muy sintética, intenté traducir en un lenguaje coloquial el contenido del que era entonces mi proyecto doctoral, por entonces sumamente cargado de preocupaciones teóricas y aún demasiado alejado de la vida cotidiana en una recuperada. Cuando terminé de hablar, varias de las mujeres presentes sentadas en su puesto de trabajo, me preguntaron cuestiones sumamente concretas que me tomaron por sorpresa como el tiempo que llevaría mi trabajo, en qué consistiría y cuál sería el producto. Era la primera vez que hablaba con ellas, hasta entonces solo había tenido posibilidad de dialogar con las que eran las “caras visibles” de la recuperación e integraban en aquel momento la “comisión interna”. Me limité a dejar en claro que mi trabajo llevaría tiempo y que mi intención era entrevistar a todas/os aquellas/os que estuvieran dispuestas/os. Para entonces, comenzaba a preocuparme por establecer un diálogo con los/as trabajadoras/es que estaban en la “trastienda” de la recuperación, no aparecían en las cámaras de televisión y rara vez eran entrevistadas/os por los medios masivos.

En este sentido, la posibilidad de ingresar en “horario productivo” resultaba fundamental no solamente en función de registrar las prácticas desarrolladas durante el proceso de trabajo sino también para poder establecer este dialogo y diferenciar mi estadía respecto de aquellas/os “otras/os” cuya presencia era menos cotidiana e ingresaban a la planta una vez finalizado el “día de trabajo”. Con este mismo

fin privilegié sobre todo en los primeros tiempos un trabajo de observación y participación en charlas informales durante las pausas de la jornada productiva o en las guardias⁸, a la realización de entrevistas. Con el paso del tiempo busqué multiplicar las entrevistas en profundidad realizadas en cada caso y cuando era posible llevarlas adelante fuera de la fábrica, en el espacio íntimo-doméstico. Las entrevistas estuvieron orientadas a reconstruir las trayectorias de vida dejando supeditado a esta reconstrucción el relato sobre la recuperación, en función de captar el modo en que esta se inscribía en la experiencia.

Establecer una presencia cotidiana en el espacio productivo, un “espacio de trabajo” a diferencia de otros ámbitos que se definían como espacios de intercambio (guardias, charlas abiertas, reuniones con empresas recuperadas, etc.), presentó también ciertas particularidades. Esto implicó una negociación sobre cómo y en qué participar. Durante los primeros meses acordé limitar mi presencia al horario “no productivo”, asistiendo a las guardias, cortes de calle, movilizaciones y otras acciones de protesta en las que les resultaba habitual la figura de alguien “ajeno/a” a la fábrica. Con el correr de los meses mi presencia en el espacio productivo se hizo menos extraña, abriendo la posibilidad de circular por los sectores sin restricciones y observar el proceso productivo. Los cortes de la producción, destinados al desayuno y almuerzo, resultaron momentos privilegiados de interacción y registro. En estos espacios de intercambio se compararía no sólo aquello que se traía para comer sino también discusiones de diferente orden, como cuestiones relativas a la organización del trabajo, gestiones referentes a la tramitación de un subsidio o el orden del día de la próxima asamblea. Conversaciones que se entremezclan con el intercambio de recetas, relatos del último fin de semana o secretos para bajar de

⁸ Las guardias se organizaron para garantizar la custodia de la fábrica una vez finalizado el horario productivo. Para esto se conformaron grupos estables de trabajadoras/es que cumplían regularmente con un cronograma rotativo de turnos.

peso. Con el correr de los meses fui comprendiendo que estos momentos constituían una instancia para negociar, confrontar y/o acordar posiciones frente a un amplio abanico de temas que incluían desde cuestiones que para una observadora externa como yo resultaban menores, como el modo de realizar una prenda o responder a un pedido, hasta la elección de quienes representarían a la fábrica en un evento público. Al igual que en la reconstrucción de las trayectorias de vida y la forma en que la recuperación se inscribía en ellas, estos espacios me permitían adentrarme en la vida cotidiana de las personas que llevaban adelante la recuperación y ponían en evidencia el modo en que estas vidas articulaban esferas que la literatura sobre movimientos sociales y acciones colectivas tendían a separar.

Las asambleas, en cambio, permanecieron siendo un espacio privado salvo en situaciones excepcionales. Aunque a los propósitos de la investigación resultaba una instancia sumamente importante de observación, respetar esta decisión fue para mí fundamental en tanto suponía el cuidado de un espacio que se consideraba “propio” en el marco de un proceso en el que una de las cuestiones que mayor tensión generaba era la relación entre el “adentro” y el “afuera”, quienes “eran parte” y quienes no y cómo las decisiones “propias” estaban contaminadas, influenciadas o definidas por las de “otras/os”. En este sentido, si la presencia cotidiana era por un lado una virtud (en tanto garantizaba generar lazos de mayor profundidad que permitieran acceder a las historias personales y salir del “relato oficial”), exigía responder al por qué de su necesaria temporalidad prolongada, que consistía desde su mirada en permanecer largas horas “sin hacer nada”. En un espacio definido por ritmos y tiempos productivos dar pruebas de que esa presencia era parte de mi trabajo fue una necesidad permanente. Con el tiempo, mi presencia fue explicada por ellas/os (hacia sí mismas/os y hacia el exterior) en términos de alguien que estaba escribiendo “un libro sobre su historia”, volviéndose cotidiana.

3. SOBRE QUÉ CONTAMOS

Una cuestión que marcó el proceso de investigación y constituyó un punto de tensión permanente fue el modo de vincularme con militantes de otras organizaciones sociales y partidos políticos y principalmente cómo posicionarme frente a los conflictos “internos”. En tanto la fábrica en que centraba mi trabajo de campo se trataba de un caso de amplia difusión que se había convertido en un “ejemplo de lucha”, sus trabajadoras/es resultaron rápidamente objeto de admiración y/o cuestionamiento. Al mismo tiempo, una de las características que se atribuía a este colectivo era “la conflictividad interna”, situación que podía asociarse a las posiciones enfrentadas existentes entre sus integrantes respecto de cómo llevar adelante la recuperación. Sin embargo, éstas resultaban mucho más ambiguas y los espacios de confluencia, sobre todo en términos afectivos, eran algo más estrechos de lo que esta idea permitía dar cuenta. Mi objetivo fue entonces mostrar aquello que no se había hecho visible y observaba con fuerza en el campo: relaciones y alianzas mucho más complejas y contradictorias en constante redefinición.

Un punto fuerte de tensión fue la referencia (o no) al debate público entre “estatización” vs “expropiación” y el modo en que era interrogado mi trabajo en este sentido, no necesariamente por parte de las/los trabajadoras/es, sino de colegas, académicas/os y militantes en general. Durante las intervenciones que hice entre 2002 y 2003 en eventos científicos, en espacios variados sobre movimientos sociales o temáticas afines (que en aquel momento eran sumamente numerosas en Argentina), ésta era una referencia reiterada, frente a la que se me interrogaba solicitándome tomar partido. Mi estudio seguía un “objeto caliente”, un caso que había atraído la atención pública ganando adeptos y detractores sobre el que se opinaba ya sea para celebrar el heroísmo de sus protagonistas o bien para poner en tela de juicio la radicalidad de sus demandas. Mis presentaciones,



destinadas a mostrar a las personas de carne y hueso que habían llevado adelante la recuperación con sus expectativas y contradicciones resultaban para estas audiencias poco comprometidas. Sin duda que tenía mis opiniones frente a lo que suponía un camino u el otro, pero mi interés estaba puesto en correr el foco de una discusión que, si bien estaba presente entre las/os trabajadoras/es, resultaba desde mis observaciones una dicotomía construida “desde afuera”: en mis diálogos cotidianos en la fábrica, lo que había recogido por parte tanto de quienes promovían la estatización como de aquellas/os que eran críticos a esta postura (considerada más radical o revolucionaria según las audiencias) era una profunda preocupación por mantener la fuente de trabajo y sobre todo una suerte de melancolía respecto a un tiempo pasado perdido, definido por un trabajo en relación de dependencia (“bajo patrón”), con salarios estables, seguridades y derechos. A mi entender, esto no ponía en discusión la “conciencia” de estas/os trabajadores, ni el carácter cuestionador o transformador de sus acciones. Correr el eje de este debate era para mí una preocupación en tanto permitía poner en tensión desde mis datos, juicios de valor que a mi entender reflejaban concepciones teóricas o posturas ideológicas de quienes opinaban sobre este grupo de obreras/os.

Algunos autores como J. Nash (1998) y J. Gledhill (2000) han planteado una serie de reflexiones sobre lo que significa el compromiso cuando hacemos trabajo etnográfico, que me parecen sumamente sugerentes en relación a este punto. Ambos autores coinciden en señalar que el ejercicio de la antropología debería pensarse como un modo de participación que supone diálogo, intercambio y autorreflexión, cuyo compromiso se define siempre desde la investigación. Es éste, entiendo, nuestro aporte y desafío más difícil. Desde este lugar, el compromiso tiene que ver con cómo y qué se escribe, desde qué lugar producimos conocimiento, qué datos ponderamos cuando escribimos, qué aspectos analizamos y fundamentalmente, cómo desde esta producción aportamos a los procesos que

seguimos. En consecuencia esto también implica pensar qué datos dejamos en silencio y por qué.

En este punto un dilema clave para mí fue cómo nombrar a la fábrica, ya que se trataba de un caso público del cual era sumamente fácil reconocer su identidad. Esto me parece particularmente delicado en el trabajo con organizaciones sociales en las que las relaciones con el Estado suponen situaciones de conflicto que pueden desembocar en procesos judiciales -en este caso por ejemplo hubo 6 personas que fueron procesadas “por usurpación” tras los acontecimientos del tercer desalojo-. La decisión de mantener el anonimato respondió entonces a la posibilidad de prevenir la utilización de datos para fines no deseados que pudieran perjudicar el proceso de demanda y a las personas que lo llevaban adelante.

En este mismo sentido, una cuestión sumamente delicada radicó en cómo trabajar datos relativos a las rivalidades entre las trabajadoras/es que llegaron, por momentos, a plantearse en términos de violencia (física). A modo de ejemplo, una mañana llegué a la fábrica y en la puerta había una ambulancia. Como lo hacía habitualmente, subí al tercer piso donde se concentraba la mayor cantidad de obreras/os y concentraba el grueso de mis observaciones. Dos de ellas, con una de las cuales tenía particular afinidad, se habían enfrentado físicamente a causa de una discusión relativa a la producción, según creí entender a partir de la explicación de sus compañeras. Cuando llegué ambas estaban llorando y sus compañeras intentaban calmarlas, mencionándole entre otras cosas que yo estaba presente. En los próximos días fui comprendiendo que ese enfrentamiento entremezclaba motivos “personales” con diferencias “políticas” que se habían expresado mediante difamaciones sobre el modo en que cada una trabajaba. Los conflictos que evidenciaba esta escena mostraban, como ya lo ha discutido ampliamente la antropología, las debilidades de pensar la existencia de un “sujeto resistente homogéneo” (Ortner, 1995). Pero además el modo en que se

desarrollaban impedía reducir estas discusiones a un enfrentamiento únicamente definido en términos “políticos”. En ellas se actualizaban enemistades o alianzas previas a la recuperación -vinculadas a los puestos que ocupaban bajo patrón o a las relaciones que habían mantenido con los antiguos dueños-, distanciamientos producto de vínculos familiares o de pareja, posicionamientos y relaciones que eran a la vez personales y políticos.

En esta misma línea, un punto de tensión fue cómo analizar los apoyos y vínculos con organizaciones sociales (piqueteras o de asambleas) y partidos políticos en tanto un eje de cuestionamiento por parte de los patrones de la firma y los sectores opositores a la demanda, radicaba en el hecho de que estas acciones no habían sido llevadas adelante por “verdaderos trabajadores” sino por “infiltrados” o “activistas” (definidas en consecuencia como delictivas). Si por un lado mostrar la incidencia de estas organizaciones en el desarrollo de los procesos era un dato sumamente relevante, tanto en términos de transmisión de un aprendizaje sobre prácticas políticas (relativas por ejemplo a la defensa frente a las represiones, a las medidas de seguridad en actos públicos o la fábrica ocupada, a las formas de coseguir apoyos) como a la posibilidad de obtener recursos para mantenerse y mantener a sus familias (difundiendo el “fondo de huelga”) o la impresión de volantes, pancartas, banderas, etc.; por otro, éste era un punto sumamente delicado en tanto constituía uno de los principales cuestionamientos de los sectores opuestos a las recuperaciones, un argumento utilizado por los dueños de la empresa para solicitar los desalojos y por los legisladores que se oponían a la sanción de la ley de expropiación presentada en 2003.

Como lo han señalado algunos autores (Fassin, 2008) de manera creciente nuestras investigaciones se ven confrontadas por nuestros interlocutores en el campo. Siguiendo al autor esta novedad no radica en el hecho de que aquellas/os que convertimos en nuestros sujetos de estudio

consideren problemática nuestra presencia (una cuestión que seguramente sea tan histórica como la disciplina) sino más bien, y creo que esto debe ser celebrado, por el hecho de que esa consideración se exprese públicamente. Lo interesante del planteo, a mi entender, es que esta manera de interrogarnos marca para el autor un cambio en el modo en que se establece la relación de investigación, tan central para el trabajo etnográfico, que aunque no deje de plantearse como una relación de poder abre un espacio para cuestionarse en términos de saberes asimétricos. En mi caso, esta reflexión me parece interesante para pensar las preocupaciones desde las que escribimos y el modo en que trabajamos nuestros datos cuando estudiamos sobre organizaciones o procesos sociales que se convierten en “objetos calientes”. En este caso, esta empresa recuperada fue un campo que desarrollado en interacción con investigadores e intelectuales, en muchos casos militantes o ex-militantes sociales o políticos que depositaron (o depositamos) en estas experiencias nuestras propias proyecciones y expectativas. La experiencia etnográfica, basada en el establecimiento de relaciones personales de larga data, nos hace aparecer en cambio a las personas de carne y hueso, con sus experiencias de vida, sus historias personales, sus contradicciones. En este sentido, cabe preguntarnos con A. Bensa (2008) qué supone en cada caso desarrollar una “mirada implicada”, sin partir de suposiciones *a priori*. Para mí el principal desafío fue mostrar a estas personas como tales, intentando no cargar sus acciones de características *a priori*, mostrando como sus experiencias cotidianas, que eran múltiples pero en todos los casos estaban atravesadas por el peso del trabajo como medio de vida, el trabajo como forma de lucha, habían forjado la ocupación de la fábrica y habían logrado con ella desarrollar una acción transformadora.



4. NOTAS PARA SEGUIR PENSANDO

Una de las constantes en el curso de mi investigación fue el modo en que mi trabajo era interrogado en relación a la práctica militante. Esta interrogación cobró diversas formas. En un comienzo, algunas trabajadoras, una vez que habían entrado en confianza, me contaban que así habían interpretado inicialmente mi estadía intentando dilucidar a que organización pertenecía. Con el tiempo esta fue una apelación de aquellas/os que se acercaban como militantes, quienes buscaban sumarme a sus agrupaciones o causas. En relación a esta última forma, recuerdo la pregunta de un militante la jornada en que fue montada la carpa frente a la planta tras el tercer desalojo. Este acto resultó una acción de protesta sumamente ritualizada en la que participaron numerosas organizaciones sociales y políticas, como partidos, organismos de derechos humanos, asambleas vecinales, organizaciones de desocupados, centros de estudiantes, etc. La carpa fue levantada por un grupo de trabajadoras en una avenida ubicada a dos cuadras de la planta para lo que se había cortado la calle. Acto seguido se llevó adelante una conferencia de prensa en la que hablaron varias de ellas en un discurso cargado de expresiones emotivas en las que exponían el dolor de la medida (el desalojo y la represión), el temor de no volver a ingresar y la desesperación por quedarse sin trabajo, al tiempo que enfatizaban hacia las cámaras televisivas su carácter de empleadas de la fábrica (que había sido puesto en cuestión en el pedido de desalojo). Mientras mantenía mi grabador levantado con el objetivo de registrar estas palabras, un militante de un partido político que venía apoyando a las obreras, con quien había tenido la oportunidad de conversar en varias oportunidades en la fábrica, se acercó y me hizo la siguiente pregunta: “¿Y ahora cómo que estas acá? ¿Cómo antropóloga o qué?” Me sonreí sin responderle convencida de que su pregunta encerraba una dicotomía según la cual la práctica académica, en este caso cómo antropóloga, se contraponía a la de militante, desde la que él se hacía presente.

Si el trabajo etnográfico se basa en el encuentro con otras/os, en el establecimiento de relaciones personales sostenidas en el tiempo y en la posibilidad que este conocimiento abre, cuando trabajamos con organizaciones sociales esta práctica cobra algunas características singulares. En estos casos, estos vínculos personales están atravesados, tanto para nuestras/os “sujetos de estudio” como para nosotras/os, por vínculos políticos. En consecuencia, el establecimiento de estas relaciones personales nos involucran política, ética e incluso afectivamente y nos exigen tomas de posición, situaciones de tensión y negociación e incluso confrontación y padecimiento. Una cuestión que marcó mi trabajo fue la necesidad de resolver estos interrogantes sobre la toma de posición frente a discusiones o tensiones “internas” que suponían posiciones políticas con las que podía o no acordar. Pero sobre todo, tensiones políticas que estaban atravesadas por relaciones personales que podían incluso marcar el ritmo y curso de estos enfrentamientos, como en el caso de la pelea descrita algunos párrafos más arriba. La antropología, desde Mauss en adelante, nos ha permitido comprender que la vida social no puede escindirse en dimensiones sino que se presenta como una totalidad. Volver sobre este punto de partida permite, a mi entender, abordar estos procesos desde su complejidad, interrogando naturalizaciones sobre las fronteras entre activistas o no activistas, política y lazos afectivos, práctica militante y académica. Resulta entonces posible responder a la pregunta sobre cómo “estamos”, cómo nos vinculamos en el trabajo de campo, partiendo del supuesto de que nuestra presencia supone siempre una “mirada implicada”.

BIBLIOGRAFÍA

- BENSA, A. (2008) “Pere de Pwädé. Retour sur une ethnologie au long cours”. En FASSIN, D.; BENSA, A. *Les politiques de l'enquête. Épreuves ethnographiques*. Paris: La découverte, pág. 19-40.
- FASSIN, D. (2008) “Répondre a sa recherche. L'ethnologue face a ses 'autres'”. En FASSIN, D.; BENSA, A. *Les politiques de l'enquete. Épreuves ethnographiques*. Paris: La découverte, pág. 299-322.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.I. (2006) *De la supervivencia a la dignidad. Una etnografía de los procesos de “recuperación” de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires*. Tesis de doctorado Universidad de Buenos Aires; Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- FERNÁNDEZ ALVAREZ, M.I. (2007) “De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas”. *Cuadernos de Antropología Social*, 25: 89-110.
- GLEDHILL J. (2000) *El Poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Bellaterra.
- NASH, J. (2008) “Cambios paradigmáticos y la dialéctica de los movimientos sociales.” *Cuadernos de Antropología Social*, 28: 7-32.
- ORTNER, Serry. (1995) “Resistance and the problem of ethnographic refusal”. *Comparative studies in society and history*, 37(1): 173-193.
- PERELMAN, L.; DAVALOS, P. (2003) “Empresas recuperadas y trayectoria sindical: la experiencia de la UOM Quilmes”. En FAJN, G. (de.) *Fábricas y empresas recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, pág. 185-222.

